

# LA RELACION DE LOS CIUDADANOS CON LA CULTURA

**Iñaki Domínguez Vázquez**

Profesor de Sociología de la Universidad del País Vasco

---

---

XI Congreso de Estudios Vascos:  
«Nuevas formulaciones culturales: Euskal Herria y Europa». Donostía, 1991  
ISBN: 84-87471-35-8  
Donostia: Eusko Ikaskuntza, 1992. p.285-289

El contenido de la presente comunicación está basado en el análisis de algunos de los rasgos de la relación que en las sociedades industrializadas mantienen los ciudadanos con la cultura, basándome en tres aspectos significativos de esta relación: los tipos, los agentes y el lugar en el que se produce este encuentro entre los individuos y la cultura.

Debo explicar desde el principio que hago una distinción un tanto artificial entre, por un lado, las relaciones culturales, entendidas como el conjunto de las relaciones sociales en las que se expresa el sistema de valores que orienta la acción de los ciudadanos o, de una forma más general aún, que aplican elementos del universo simbólico de esa sociedad en la relación (el saludo, las normas de cortesía o convivencia, las relaciones entre los sexos, etc.)

Y, por el otro lado, las relaciones con la cultura que serían el conjunto de usos sociales relativos a la Cultura, entendida como sistema signifiante, como un sistema con autonomía respecto del sistema social. Algunos de estos usos se han transformado en hábitos de comportamiento cultural (escribir un poema, leer un libro, ver una película, tocar un instrumento, charlar con los amigos, pasear por el monte, etc.).

Y digo que esta distinción entre relaciones culturales y relaciones con la cultura es artificial porque, como parece evidente, no es posible considerar a los hábitos de comportamiento cultural —que englobo bajo el epígrafe de relaciones con la cultura—, como ajenos a las normas, creencias y valores de la tradición cultural en la que los individuos de una sociedad son socializados.

En cualquier caso, mi pretensión para los próximos minutos es centrarme en estas relaciones con la cultura, e intentar explicar los cambios experimentados y los rasgos básicos de los hábitos de comportamiento cultural en nuestra sociedad.

Sin embargo, un nuevo problema surge cuando intentamos definir el marco, el número y la tipología de estas «relaciones con la cultura». En otras palabras, ¿cuáles son las actividades que podemos considerar como culturales? Permítame que, a modo de ejemplo, les cite algunas de las actividades que, en una reciente encuesta realizada por encargo del M. de Cultura, figuran como prácticas culturales.

Junto a las tradicionales «asistencia a espectáculos y manifestaciones artísticas», «visitas a monumentos, museos, parques, ferias y asistencia a festivales», «prácticas culturales que se desarrollan en el hogar», y la participación en actividades de centros culturales, la encuesta propone como prácticas culturales a las aficiones y entretenimientos del tiempo libre, como, p. ej.: las prácticas de aficiones artísticas, cocinar platos especiales; bailar en discotecas, verbenas, etc.; hacer

punto, bordados, labores, etc. Por último, la encuesta pregunta por la asistencia a cursos extraacadémicos y extraprofesionales y por el conocimiento y uso de idiomas.

En la larga relación de actividades incluidas en la encuesta del M. de Cultura no parece faltar ninguno de los posibles tipos de relaciones con la cultura. Y me permito señalarles que la citada encuesta recoge una cincuentena larga de actividades culturales, desde las más sencillas y cotidianas como practicar juegos de mesa, cultivar flores o cuidar de animales domésticos hasta algunas extraordinarias como acudir a espectáculos de ópera, ballet o teatro.

Además, se pregunta a los entrevistados por el equipamiento de sus hogares, inquiriendo por 16 tipos de equipamiento (tv, radio, equipo de hi-fi, etc.), y 26 modalidades de entre estos tipos de equipamientos (tv. en color o en b/n; equipo de hi-fi cono sin compact disc, etc.).

Al margen de la idoneidad de considerar algunas de estas actividades como prácticas culturales, la encuesta nos ofrece datos sobre la relación con la cultura sumamente significativos como p. ej., el marco en el que se desenvuelven las actividades culturales el tiempo libre.

Es más a menudo las denominadas «Aficiones y entretenimientos del tiempo libre» son más frecuente y más ampliamente practicadas que otras actividades culturales, digámoslas «tradicionales». Ello permite a los encuestadores incorporar como prácticas culturales un conjunto de actividades cuyo nexo es el espacio temporal en el que se desarrollan. Probablemente por que si no las incluyen no se podría explicar el uso del tiempo de no trabajo en su conjunto, o quizás, por que, en el fondo, todas estas actividades responden a normas culturales.

En cualquier caso, este es uno de los rasgos más significativos de la cultura de masas: la identificación entre actividades de ocio y actividades culturales, de tal forma que cualesquiera actividad del tiempo libre puede ser considerada como una actividad cultural. Máxime si es improductiva, manifiestamente improductiva, tanto si se hace por «simple afición o por entretenerse» como si tiene un carácter extraacadémico o extraprofesional (1).

Visitar un museo o una exposición de arte, asistir a una conferencia o un concierto, o visitar un parque acuático, un

---

(1) Todo ello nos conduce a una vieja concepción del ocio, la aportada por Veblen, cuando señalaba la afición de la por él denominada «clase ociosa» por aquellas actividades que demostrasen su capacidad económica a través del consumo ostentoso de tiempo y de dinero. Y ponía un ejemplo, el estudio de lenguas muertas, que los autores de la tantas veces citada encuesta siguen al preguntar por el conocimiento y uso de idiomas.

parque natural o un zoológico son actividades que habitualmente comparte ambos rasgos —tiene lugar fuera del tiempo de trabajo y son improductivas—. Sin embargo, presentan diferencias que la Encuesta, ésta o cualquier otra, no puede mostrar de manera explícita.

Me refiero a la existencia de una jerarquía entre las distintas actividades, incluso en el caso de que todas ellas puedan ser tomadas por prácticas culturales. Y es que, ante planteamientos tan generosos, creo que es preciso preguntarse si la práctica de una afición artística —pintura, escritura, música, etc.—, los juegos con máquinas electrónicas, el billar o los solitarios, *resultan experiencias culturales equivalentes*.

Me temo que no. Desde una postura un tanto idealista quiero suponer que las prácticas culturales y, de una forma general, cualquier relación con la cultura debe servir para incrementar la capacidad de los seres humanos en sus relaciones con el entorno, y hay numerosas actividades cuyo único valor reside en el entretenimiento.

Pero, además, incluso en el caso de que alguno de estos hábitos de comportamiento cultural satisfaga criterios más exigentes y requiera una elevada implicación del individuo —como sucede con la escritura o la interpretación musical, por poner dos ejemplos—, es preciso tener en cuenta otros aspectos como son la intensidad y la frecuencia de su práctica. Esto es, relativizarlo en el marco de la vida cotidiana.

Para ello, para valorar la importancia de determinadas prácticas en el conjunto de las relaciones con la cultura podemos utilizar los resultados de encuestas de comportamiento cultural como esta que vengo citando e, incluso, de encuestas de presupuesto temporal, que nos muestran como la relación más habitual entre los individuos y la cultura es la que se establece con los bienes y *servicios culturales producidos industrialmente*.

Y no sólo es la más habitual sino también la más intensa, la más constante y, en algunos casos, la única que puede considerarse como prácticamente universal, que afecta a todos los individuos y grupos con parecida intensidad y frecuencia.

Junto a la relativa confusión entre actividades de ocio y actividades culturales, esta es otra de las características más significativas de la relación con la cultura en las sociedades desarrolladas. No sólo por lo que muestra de manera evidente —la práctica totalidad de los individuos mantiene una estrecha relación con los bienes y servicios culturales ofertados por las industrias culturales—, sino, sobre todo, por las diferencias que establece respecto del resto de las actividades culturales, convertidas en prácticas minoritarias e, incluso, elitistas.

O, visto desde una perspectiva más radical, *la relación con la cultura de una inmensa mayoría se reduce al uso y consumo de bienes y servicios culturales producidos industrialmente y, primordialmente, al uso de los medios de comunicación de masas*, sin apenas incidencia del resto de «actividades culturales», incluso utilizando las acepciones más amplias de este concepto.

La relación con la cultura participa de un proceso en el que la capacidad de diversificación en el uso y de utilización complementarias de bienes y servicios culturales constituye un elemento de significación, tanto de las actividades culturales como de los individuos que las practican, y por tanto, criterio básico para la jerarquización, cultural y/o social.

En todo caso, éste es un tema suficientemente extenso como para que en este momento nos limitemos a reflejarlo: existe un fenómeno de estratificación de la relación con la cultura que, en buena parte, esta producida por otro rasgo de la relación con la cultura propia de nuestras sociedades, el que, de manera gráfica expresó D. Bell diciendo que «el mercado es donde la estructura social y la cultura se cruzan».

No es, evidentemente, una relación única o privativa de la cultura pero, en el caso del consumo cultural esta cuestión, la existencia de una jerarquización en los niveles de consumo, se hace aun más significativa que en otros capítulos de gasto en consumo. Esto es, por decirlo de una forma más precisa, algunas variables sociodemográficas y, sobre todo, la variable renta refluyen sobre el consumo en *esparcimiento, espectáculos y cultura* en mayor medida que sobre otros tipos de gasto en consumo.

La diferencia se establece, por tanto, en dos niveles. Por un lado, existe una notable influencia de la renta en determinados consumos culturales, sobre todo, en lo referido a consumos y equipamientos que requieren desembolso económico, mientras que, por el otro lado, a partir de la existencia de un mínimo equipamiento, estas diferencias basadas en los niveles de renta desaparecen o, al menos se minimizan por la mayor significancia de otras variables como la edad y el nivel de estudios.

Por decirlo de una manera gráfica, a partir de la compra de un aparato de vídeo, equipamiento con el que cuenta casi el 50% de los hogares de nuestro país, el uso del mismo no depende tanto de la renta como de la edad o del nivel de estudios.

La relación con la cultura, junto a los *rasgos comunes* a la mayoría de los individuos, algunos ya mencionados como su ubicación fuera del tiempo de trabajo, su carácter no productivo y la preferencia por los bienes y servicios culturales producidos industrialmente, tiene otros *rasgos diferenciadores*, basados precisamente en la discriminación existente en la capacidad de acceso a determinados bienes y servicios culturales.

Y es que, pese a ser evidente que hay prácticas culturales que no requieren de ningún equipamiento, el rasgo fundamental en la relación de los individuos con la cultura sería el de esta *estratificación en el consumo cultural*, el de la existencia de diferencias en la capacidad de acceso a los bienes y servicios culturales, no necesaria o no exclusivamente basadas en la renta, pero que, en cualquier caso, sirven como prueba de esa relación entre la estructura social y la cultura que Bell cifraba en el mercado.

Estos rasgos diferenciadores se reflejan en tendencias como la privatización o la creciente pasividad en la relación con la cultura, que aún afectando al conjunto de los comportamientos culturales, inciden de manera desigual en los distintos grupos sociales.

La más llamativa de estas tendencias es la relativa al paulatino *alejamiento de los espacios públicos donde la cultura se comparte*, en favor de las prácticas o hábitos domésticos/privados e, incluso, solitarios, como lo prueban las cifras de población que acuden a actividades fuera del hogar y las que dedican su tiempo libre a cultivar flores, cocinar, hacer punto, etc.

Esta «privatización», que incide sobre el conjunto de las actividades culturales, afecta de manera claramente desigual a los distintos hogares. En algunos, la «retirada al hogar» su-

pone, en la práctica, una limitación de las posibilidades de relación cultural al uso de los medios masivos de comunicación.

En otros casos, este uso de la comunicación masiva se complementa con una gran pluralidad de experiencias de consumo, disfrute e, incluso, de creación cultural a las que acceden por su mayor capacidad económica o por su mejor nivel informativo, como sucede en el caso de las actividades patrocinadas por instituciones públicas.

En medio, se encuentra una gran franja de la población que dispone de un cada vez más abultado equipamiento cultural (vídeo, cámara de fotos y de vídeo, equipos de hi-fi, ordenadores personales, etc.), lo cual, por cierto, nos habla de una determinada capacidad en el mercado y que, sin embargo, hace un uso extremadamente restringido de estas posibilidades.

Con ellos, con este equipamiento que la revolución microelectrónica introduce en los hogares, la mayoría de los ciudadanos se limita a reproducir un comportamiento aprendido en su ya vieja relación con los medios de comunicación de masas: el del consumo pasivo.

El ejemplo más llamativo de estas tendencias que señalanos lo da el uso del ordenador, práctica privada y solitaria, pero que permite la realización por una sola persona de tareas complejas y potencia las facetas creativas y productivas.

Pues bien, en España, según la encuesta del M. de Cultura que citaba al comienzo de esta intervención, más de cuatro millones de personas tiene ordenador en casa y, al margen de que tan sólo la mitad dice utilizarlo (lo que supone el 6% de la población), lo más destacable resulta ser el uso dado a dicho instrumento: la mayor parte de la población que lo utiliza lo hace para jugar con él, y con juegos editados.

Otro tanto puede decirse de equipamientos como el de equipos de alta fidelidad, presentes en la mitad de los hogares españoles, aunque el 65% de la población no escuche jamás un disco microsurco. O los casi seis millones de hogares que poseen cámaras fotográficas, mientras que sólo el 12% dice haber hecho alguna foto en los últimos doce meses...

De todo ello, tanto de la privatización de la relación con la cultura como de esta evidente infrautilización de los equipamientos, pueden establecerse diversas conclusiones. Alguna más o menos evidente, como es que, en lo relativo a los hábitos culturales, frecuentemente la oferta va por delante de la demanda.

Pero, también, deben considerarse en su justa medida los alarmantes rasgos de pasividad, de distanciamiento y falta de implicación con que la mayoría de la población responde ante uno de los instrumentos de socialización de mayor importancia.

Soy consciente de que no es una perspectiva muy halagüeña pero, incluso aunque sólo fuera por el empuje de las industrias productoras de equipamientos culturales, cabría suponerle a la relación con la cultura un porvenir más rico, acorde con las posibilidades creativas que la técnica pone a nuestro alcance.

Por el contrario, y a excepción hecha de una minoría con la capacidad económica o la información suficientes, la relación con la cultura se restringirá progresivamente a un uso pasivo de los medios de comunicación de masas y a satisfacer con su demanda la renovación de los equipamientos que la industria introduce en el mercado.

Permítanme, para terminar, una pregunta insidiosa, sobre todo por que no tengo una respuesta completa para ella: ¿dónde queda la cultura popular con el avance de estas tendencias? Me refiero a la cultura participativa y grupal, puesta en común en espacios públicos y abiertos, que exigía el aprendizaje y la trasmisión a la generación siguiente.

Probablemente queda relegada al lugar del testimonio, alejada del mercado y, sobre todo, circunscrita al estrecho margen de la acción de las instituciones públicas, relegada a la recuperación constante y a veces estereotipada, y en disputa permanente con la cultura de vanguardia por unos fondos públicos siempre escasos. Pero esta es cuestión para otro momento.